

Ambición ecológica, cinismo económico

«No puedo mirar al estado estacionario del capital y la riqueza con el disgusto que por el mismo manifiestan los economistas de la vieja escuela. Me inclino a creer que, en conjunto, sería un adelanto muy considerable sobre nuestra situación actual. Confirmando que no me gusta el ideal de vida que defienden aquellos que creen que el estado normal de los seres humanos es una lucha incesante por avanzar y que aplastar, dar codazos y pisar los talones al que va delante, característicos del tipo de sociedad actual, e incluso que constituyen el género de vida más deseable para la especie humana... »

John Stuart Mill - *Principios de Economía Política*, 1848

Foto: Marty.

Elisa G. McCausland

LAS CAUSAS de la actual crisis no tienen como único origen que la oferta inmobiliaria excediera a la demanda en Estados Unidos. Al menos, no solo. Es cierto que los bancos dieron créditos a personas que, en aquel preciso momento, podían pagar las hipotecas. Tanto en España como en Estados Unidos se construyeron viviendas esperando que aparecieran compradores fiables que pudieran respaldar los pagos hipotecarios. Pero las rentas de la población no habían aumentado, tal y como dictan las reglas del mercado, por lo que solo queda pensar que los banqueros pecaron de inconsciencia o se emborracharon de codicia.

Crisis y energía

Las hipotecas fueron vendidas a otros bancos que, a su vez, vendieron esas hipotecas a otras entidades bancarias, llevando la economía mundial hasta el abismo. El Estado, ante el riesgo y la incertidumbre, ha acudido al rescate y ha frenado la quiebra de los grandes bancos de las potencias occidentales. Mientras unos economistas hablan de la vuelta de las ideas de Keynes¹, otros sugieren la refundación del capitalismo al estilo de Breton Woods. Sin embargo, no hay que olvidar las otras causas que han hecho que la economía mundial se precipite

por el sumidero. Europa, Japón, China y Estados Unidos fueron las responsables, a mediados del 2008, del aumento de la demanda de petróleo que, junto a las restricciones de la OPEP, sumaron un ingrediente interesante a la actual situación económica.

En la década de los setenta, al igual que en estos últimos años, los elevados precios de los combustibles fósiles impulsaron la investigación en energías renovables. Pero, al llegar los ochenta, los precios del petróleo se precipitaron y, con ellos, el naciente mercado de las energías renovables

La dependencia del petróleo es la que ha hecho que los gobiernos occidentales se planteen fuentes de energía como los agrocombustibles o la nuclear. El lobby de esta última se ha apresurado a hacer del problema una oportunidad. La Comisión Europea, sin ir más lejos, ha decidido que, dados los problemas actuales de los mercados de capitales, es necesario tomar medidas que faciliten créditos

y subvenciones a aquellas empresas que quieran construir nuevas centrales nucleares. La excusa es el dióxido de carbono y, desde los distintos sectores involucrados en esta industria, consideran prioritario un pacto entre Estados en materia energética.

La necesidad de los países desarrollados de grandes cantidades de energía a precios baratos no solo impulsa estos cambios de estrategia, también alimenta a las energías alternativas, renovables como la eólica o la fotovoltaica; hablamos de energías que, por el momento, se encuentran en un período de desarrollo, de ahí que los problemas de las instituciones financieras estén alimentando fantasmas del pasado. Y es que, los defensores de estas tecnologías tienen razones para estar preocupados, sobre todo si los precios del petróleo y el gas natural siguen cayendo. En la década de los setenta, al igual que en estos últimos años, los elevados precios de los combustibles fósiles impulsaron la investigación en energías renovables. Pero, al llegar los ochenta, los precios del petróleo se precipitaron y, con ellos, el naciente mercado de las energías renovables.

El escenario ahora es Europa y se distingue del estadounidense de la década de 1980, principalmente, en que en el viejo continente el compromiso desde el Estado con las energías renovables es

1. *Profesiones* 113 (páginas 22-23) - «Crisis económica, ¿vuelta a Keynes?»



© Samu.

El presidente de la Comisión Europea, José Durao Barroso, se ha apresurado a recordar que el cambio climático «no es una bebida para después de cenar, no es un digestivo que puedes tomar o dejar» y ha apelado a la coordinación internacional para hacer frente a la actual crisis

fuerte. Sin embargo, el déficit generalizado y la caída del petróleo pueden provocar una caída en las subvenciones que hiera a la industria renovable; no obstante, actualmente existen disposiciones públicas garantistas para que la herida, en el caso de que la haya, no sea de muerte.

Economía ecológica

Son los economistas de corte marxista, científicos y ecologistas, que llevan anunciando los abusos del mercado financiero, los que ahora sacan a la luz las conexiones entre el colapso económico y el cambio climático; denuncian el origen de ambos en el consumo sin control, sea este financiero o natural, y piden un cambio estructural.

El investigador en el campo de la economía ecológica, Joan Martínez Alier, en su artículo *La crisis económica, vista desde la economía ecológica*, explica los tres niveles de la economía de una forma bastante ilustrativa:

- El primero es el nivel financiero, aquel que puede crecer mediante préstamos al sector privado o al Estado, en ocasiones sin ninguna garantía de devolución. El sistema financiero toma prestado con la esperanza de que el hipotético crecimiento económico pague tanto los intereses de las deudas como las propias deudas. Sus fundamentos son especulativos.
- El segundo nivel es el que los economistas llaman *economía real* o *economía productiva*. El crecimiento de este segundo escalafón es el que permite pagar el total o parte de la deuda generada. Si esta economía crece, las deudas pueden pagarse. La situación económica presente se explica porque las deudas crecieron mucho más de lo que era posible pagar, de ahí que el mercado se colapsara. Esa deuda, que tendría que haberse pagado con el crecimiento del Producto Interior Bruto (PIB), no era financieramente

sostenible; el PIB no era ecológicamente sostenible.

- Y llegamos al tercer nivel, lo que los economistas ecológicos llaman *economía real-real*; o lo que es lo mismo, «los flujos de energía y materiales cuyo crecimiento depende en parte de factores económicos (tipos de mercados, precios) y en parte de los límites físicos», en palabras de Martínez Alier. Este tercer escalón pone el acento en la amenaza directa que supone el crecimiento económico para la biodiversidad. No obstante, la recesión económica tiene su faceta positiva: un crecimiento negativo de la economía supone una reducción de las emisiones de dióxido de carbono, al menos, en los países desarrollados.

Y es que la crisis también puede entenderse como una oportunidad. Los economistas ecológicos ven potencial en esta situación para reestructurar las instituciones sociales según las propuestas del llamado «decrecimiento económico socialmente sostenible», que, en esencia, se resume en que los países desarrollados puedan seguir viviendo bien, pero renunciando al imperativo del crecimiento económico. José Manuel Naredo, economista y ecologista, lo resumía en una reciente entrevista²: «El problema reside en que los ciclos de materia y energía ya no cierran. La civilización industrial se alimenta en base a la extracción y el deterioro, lo que la convierte inviable a largo plazo».

Ambición verde

Las tres grandes convenciones de las Naciones Unidas para combatir el cambio climático —Nueva York (1992), lucha contra la Desertificación, en París (1994) y Protocolo de Kyoto (1997)— no han servido para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero a la atmósfera. El liderazgo mundial de Europa en energías renovables, con su Plan Estratégico para las Tecnologías Energéticas a la cabeza, se ve ahora en entredicho. No hay dinero y se han aplazado las decisiones en política ambiental hasta la próxima Cumbre del Clima, que se celebrará en Copenhague en diciembre del 2009.

2. Revista *Herramienta*, septiembre 2008

A esta situación hay que añadir los recelos que han despertado en algunos Estados miembros, como Alemania, Italia y el bloque de los gobiernos del Este, el dinero invertido en políticas ambientales. El presidente de la Comisión Europea, José Durao Barroso, se ha apresurado a recordar que el cambio climático «no es una bebida para después de cenar, no es un digestivo que puedes tomar o dejar» y ha apelado a la coordinación internacional para hacer frente a la actual crisis.

Aída Viva, responsable de la campaña sobre cambio climático de Greenpeace, afirma que «el mundo se encuentra en esta situación por culpa de los sistemas energéticos de los países industrializados», un progreso ligado al sistema económico dominante. Consciente de la dependencia de las energías renovables de las subvenciones estatales, pide desde su plataforma la exclusividad de las subvenciones «porque, a parte de las reducciones de dióxido de carbono, si se apuesta por energías renovables, seremos capaces de luchar contra la crisis económica, además de mitigar el cambio climático».

Pablo Campos Palacín, profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), pertenece al ala escéptica de la ciencia en lo referente al cambio climático. Sigue la línea crítica del economista Bjorn Lomborg, cuya publicación, *En frío. La guía del ecologista escéptico para el cambio climático*, resume los argumentos clave que

cuestionan la enorme inversión que los países desarrollados hacen, principalmente, en medidas de control de emisiones de dióxido de carbono a la atmósfera.

Lomborg asegura que la mejor información de que disponemos procede del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de Naciones Unidas (IPCC). «El éxito más importante del IPCC está en que recoge el mayor volumen de estudio sobre cambio climático jamás acumulado», afirma Campos Palacín; pero el problema, según el profesor del CSIC, está en que este panel, «una vez constituido, se convirtió en un instrumento político con científicos políticamente incentivados», lo que, en su opinión, limita y sesga los resultados de los estudios ya que, según él, en estos informes «hay que distinguir entre lo que hay de rigor científico y lo que hay de política».

Lo que sí admiten, tanto Lomborg como Campos Palacín, es que el ser humano «ha debido influir» en el cambio climático. Sin embargo, «no existe ningún modelo que pueda afirmar cuánto». Al contrario de lo que pueda parecer, el discurso escéptico en ningún momento niega la existencia del cambio climático; lo que sí cuestiona es la rentabilidad de las políticas medioambientales porque «puede que a cambio de algo muy incierto estemos provocando una desgracia muy cierta al no invertir en recursos contra el hambre o las enfermedades», sentencia Campos Palacín. ■



Sobre el término sostenible

El término «desarrollo sostenible», tal y como lo conocemos³, tuvo unos orígenes polémicos. Antes de concretar el sintagma —a principios de la década de los setenta, durante el Primer Informe del Club de Roma sobre los límites del crecimiento— se barajaron otras opciones. Ignacy Sachs, por aquel entonces consultor de Naciones Unidas para temas de medioambiente y desarrollo, propuso el término «ecodesarrollo». Este resumía el compromiso de conciliar el aumento de la producción con el respeto de los ecosistemas; no obstante, el presidente Henry Kissinger, en su papel de jefe de la diplomacia estadounidense, sugirió cambiarlo por otro que los economistas más tradicionales aceptaran. «Sostenible» se convertiría así en el puente que uniría a economistas *desarrollistas* y *ambientalistas*, según algunos teóricos.

José Manuel Naredo, en su artículo *Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible*, recoge esta evolución del término y, desde la perspectiva contraria, enfatiza en la ambigüedad del vocablo. «Poco importa que algún autor como Daly matizara que para él “desarrollo sostenible” es “desarrollo sin crecimiento”, contradiciendo la acepción común de desarrollo que figura en los diccionarios estrechamente vinculada al crecimiento» porque lo que predominó fue su aceptación generalizada como un término mediador cargado de buenas intenciones y escaso poder ejecutivo. Tras la nueva idea de sostenibilidad, según Naredo, se encontraban las viejas ideas de crecimiento y desarrollo económico, asociadas al capitalismo neoliberal.

En la introducción del artículo antes citado, este economista resume cómo «a la vez que se extendía la preocupación por la “sostenibilidad” se subrayaba implícitamente, con ello, la insostenibilidad del modelo económico hacia el que nos ha conducido la civilización industrial. Sin embargo, tal preocupación no se ha traducido en la reconsideración y reconversión operativa de este modelo hacia el nuevo propósito. Ello no es ajeno al hecho de que el éxito de la nueva terminología se debió en buena medida al halo de ambigüedad que la acompaña: se trata de enunciar un deseo tan general como el antes indicado sin precisar mucho su contenido ni el modo de llevarlo a la práctica».



Foto: Kriss Szkurlatowski.

3. Entendiendo por «desarrollo sostenible» aquel que permite «satisfacer nuestras necesidades actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas».